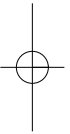
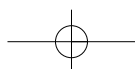


Javier Negrete

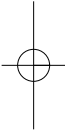
LA GRAN AVENTURA
DE LOS GRIEGOS



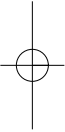
la esfera  de los libros



Primera edición: marzo de 2009



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

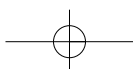
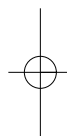
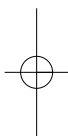


© Javier Negrete Medina, 2009
© La Esfera de los Libros, S. L., 2009
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com

Fotografías de interior: Album
Cartografía: Calderón Studio
ISBN: 978-84-9734-813-3
Depósito legal: M. 4.549-2009
Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Fotomecánica: Unidad Editorial
Imposición y filmación: Preimpresión 2000
Impresión: Cofás
Encuadernación: Méndez
Impreso en España-*Printed in Spain*

PRIMERA PARTE

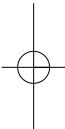
LA EDAD DE LAS BRUMAS



I

LA CRETA MINOICA

LA SAGA DEL MINOTAURO




Europa era una joven princesa fenicia de la ciudad de Tiro. Un día fue a la playa a jugar con sus amigas, y allí encontró a un enorme toro que vagaba por la arena. Era tan manso y de una blancura tan immaculada que Europa no se resistió a la tentación de jugar con él. Animada por sus compañeras, acabó montando sobre el lomo del animal, un gesto que no debía de ser muy natural en una época en la que aún no se conocía la equitación. En ese momento, el toro blanco se lanzó hacia el mar y, haciendo caso omiso tanto de los gritos de Europa como de sus compañeras, nadó con la potencia de una fueraborda hacia el oeste.

Una vez llegados a Creta, a más de mil kilómetros de distancia, a la sombra de unos frondosos plátanos, el toro se unió a la doncella y...

Un momento. Ésta no es una historia de zoofilia. Al menos todavía. El toro blanco no era otro que Zeus, que se había encaprichado de la joven Europa y que, como tantas veces había hecho y volvería a hacer, se transformó en una criatura diferente para recurrir al engaño. Así que suponemos, o queremos suponer, que el rey de los dioses no se dejó llevar por la impaciencia y, antes de consumar su deseo por Europa, tuvo la delicadeza de recuperar su propia forma.

Europa tuvo tres hijos: Minos, Radamantis y Sarpedón. Se casó con el rey de Creta y éste adoptó a los niños, de manera que a su muerte Minos se convirtió en nuevo soberano de la isla. Pero no fue sin oposición, pues sus hermanos pretendían que se repartiera con ellos el poder. Minos afirmó que él era el elegido de los dioses, y para demostrar cuánto lo favorecían pidió a Poseidón que hiciera brotar de las aguas del mar un toro —de nuevo—, al que luego sacrificaría. El animal que salió de entre las



olas era un ejemplar tan soberbio como el que raptó a Europa. A Minos se le ocurrió que, pudiendo usarlo como semental para fundar una nueva ganadería, era un desperdicio matarlo.

Los dioses no perdonan a quienes no cumplen sus promesas. Poseidón apeló a la ayuda de Afrodita, la diosa del amor. Ella decidió actuar sobre la esposa de Minos, Pasífae, y su venganza fue rebuscada y terrible: hizo que se enamorara del mismísimo toro que había surgido de las olas (ahora ya sí que hablamos de auténtica zoofilia). Pasífae acudió a Dédalo, un ingeniero ateniense que se había refugiado en la corte de Minos para expiar un crimen cometido en su patria. Dédalo construyó una armazón de madera en forma de vaca, de tal realismo que el toro mordió el anzuelo. No entraré en más detalles; pero a quienes hayan visto *Top secret*, de los gamberros hermanos Zucker, todo esto les recordará una de las escenas más impactantes de la película.

De aquella unión nació un monstruo propio de la más aberrante ingeniería genética: el Minotauro, con cuerpo de hombre y cabeza de toro. Para ocultar al mundo aquella vergüenza y sus cuernos, el rey Minos ordenó a Dédalo que, puesto que era en parte culpable de lo sucedido, fabricase una especie de trampa para encerrar al monstruo. Dédalo construyó el *Labýrinthos* o Laberinto, un gran palacio sembrado de innumerables salas y pasillos, con una planta tan complicada que sólo su arquitecto sabía orientarse en ella: entrar era fácil, pero salir resultaba imposible.

Minos encerró en el corazón del Laberinto al monstruo. Pero el Minotauro necesitaba carne humana para alimentarse, y el rey no estaba dispuesto a sacrificar a los súbditos de su propia isla. Como gracias a su flota ostentaba la talasocracia (la supremacía en el mar), decidió pedir un tributo humano a las islas y ciudades que se hallaban bajo su dominio. Así, a la ciudad de Atenas le correspondía enviar cada nueve años a siete hombres jóvenes y otras tantas doncellas para que entraran al Laberinto y sirvieran de alimento al Minotauro.

Pero un año, entre los jóvenes destinados al sacrificio vino el propio hijo del rey de Atenas: Teseo, matador de monstruos. Los días del Minotauro estaban contados...

La historia que los griegos conocían sobre su pasado más remoto consistía en mitos como el que acabo de narrar, o como los que en-

contraremos en el siguiente capítulo al hablar de los micénicos y la guerra de Troya. Ellos los creían, o al menos racionalizaban los elementos más fantásticos, como puede comprobar cualquiera que lea a Heródoto o a Tucídides. Pero los historiadores de épocas posteriores relegaron estas crónicas al terreno de la ficción, y la historia de Grecia antes de la primera Olimpiada quedó ocupada tan sólo por un vacío enorme y oscuro.

Ese hueco empezó a rellenarse durante el siglo XIX en una apasionante aventura que todavía prosigue. El auténtico pionero en la arqueología de la Edad de Bronce en Grecia y el Egeo fue el alemán Heinrich Schliemann, de quien hablaremos en el siguiente capítulo, ya que la civilización micénica sobre la que trabajó es posterior en el tiempo a la de Creta. Pero si ésta surgió prácticamente de la nada a principios del siglo XX fue gracias a los trabajos del inglés Arthur Evans.

Evans poseía la formación académica oficial de la que carecía Schliemann. Como conservador de un museo de Oxford, el Ashmolean, viajaba a menudo a Grecia en busca de antigüedades. En Atenas, en 1894, encontró las llamadas «piedras de leche», unos amuletos muy apreciados por las mujeres, que les atribuían poderes mágicos para amamantar mejor a sus hijos.

Otra persona tal vez no habría dado demasiada importancia a esas piedras, que eran en realidad unos sellos grabados. Pero Evans era extremadamente miope. Un defecto de la vista que puede suponer un gran problema en la vida cotidiana, pero que también ofrece ventajas en condiciones muy determinadas. Un miope ve los objetos cercanos con gran claridad, aunque sean diminutos. Recuerdo a un catedrático de griego que tuve en la universidad —excelente profesor, por cierto—, que para leernos los textos se levantaba las gafas y se acercaba el libro tanto que prácticamente tocaba las páginas con la nariz. Curiosamente, era un experto en paleografía, el estudio de la escritura antigua: una especialidad en la que hay que estar dotado de mucha agudeza visual y de una gran concentración para captar los mínimos detalles.

Como ese profesor, Evans examinó tan de cerca las piedras que pudo captar los delicados detalles de los grabados. Aparte de escenas de caza o

navegación, encontró diminutas inscripciones en una especie de jeroglíficos desconocidos que lo intrigaron. Se dedicó a comprar las piedras de leche¹ y a seguirles el rastro, que lo condujo hasta Creta. Tras seis años de desesperantes negociaciones, consiguió permiso para excavar en Cnosos. Empezó en 1900 y siguió dedicado a ello prácticamente el resto de su vida. En 1911, como suele ocurrirles a todos los súbditos de Su Graciosa Majestad británica que hacen algo destacado, fue nombrado caballero: sir Arthur Evans.

En campañas de excavación sucesivas, Evans descubrió un palacio inmenso con más de mil quinientas habitaciones. Si se comparaba su complicadísima planta con la de los palacios de la Grecia continental, mucho más sencilla, es comprensible que los griegos crearan la leyenda del Laberinto. También se apreciaban por todas partes huellas del culto al toro, particularmente en los maravillosos frescos que Evans fue sacando a la luz. Uniendo todo eso, el excavador inglés se dejó arrastrar por el mito, y, recordando al rey Minos, denominó «minoica» a la cultura que estaba desenterrando.

La denominación puede resultar engañosa, porque ellos no se llamaban a sí mismos minoicos. Aunque es posible que el nombre de su rey, Minos, tenga alguna razón histórica, y hay quienes han especulado que pudiera tratarse de una especie de título genérico para los soberanos de Cnosos, como el de César o zar. En cualquier caso, a falta de otro nombre mejor y ya que su idioma no se ha descifrado, en este libro seguiremos llamándolos minoicos² y refiriéndonos a sus ciudades y palacios por nombres que en realidad son muy posteriores.

No se conoce con certeza la procedencia de los minoicos, si eran habitantes de la isla desde el Neolítico o habían llegado a ella en fecha más o menos reciente desde la península de Anatolia, lo que sí se sabe es que no eran griegos. Entonces ¿qué hacen entrometiéndose en esta historia? La influencia de Creta en la primera cultura griega fue fundamental. Los griegos de épocas posteriores miraban hacia esta isla como origen de sus mitos y de buena parte de sus costumbres, y atribuían a Creta la mejor de las constituciones políticas, precisamente por su antigüedad. Según el mito más extendido sobre el origen de Zeus, la diosa Rea lo alumbró en una cueva del monte Ida, el más alto de Creta, y fue allí donde el futuro rey de los dioses se crió y pasó su primera juventud. Para el gran historiador Tu-

círides, que escribió su obra en el siglo V a.C., el cretense Minos dominó el primer imperio marítimo en el Egeo.

ESBOZO DE UNA HISTORIA MINOICA

Los cálculos que los griegos hacían sobre su pasado hay que tomárselos con cierto cuidado. Situaban la guerra de Troya en el año 1183 a.C., una fecha bastante cercana a la que aceptan arqueólogos e historiadores. Pero a partir de ésta, el erudito Eratóstenes dató el reinado de Minos tres generaciones antes de dicha guerra. Eso significaría que el padre putativo del Minotauro reinó hacia el año 1260, época en que el palacio de Cnosos ya no estaba en poder de los minoicos. El problema es que los griegos posteriores concentraban en unas pocas décadas varios siglos de pasado nebuloso, que les habían llegado por tradición oral. Sus mitos son muy útiles como ilustración e inspiración, pero no se pueden tomar como guía histórica.

El arqueólogo griego Nicolás Platón propuso dividir la historia de la civilización minoica en cuatro periodos: el Prepalacial, hasta el año 2000; los Primeros Palacios, hasta 1700; los Segundos Palacios, hasta 1400; y el Postpalacial, que duró hasta el final de la Edad de Bronce, en torno al año 1100.

La época más interesante para nosotros transcurre entre los años 2000 y 1400, durante los Primeros y Segundos Palacios. Es mucho tiempo, y lo digo porque se tiende a manejar con cierta frivolidad los siglos cuando nos remontamos a épocas tan antiguas. Cnosos se construyó hacia el año 2000, y duró nada menos que seiscientos años bajo el gobierno del mismo pueblo. Para contemplar esto con cierta perspectiva, pensemos que hace poco más de quinientos años que Colón descubrió América. Eso quiere decir que la civilización minoica perduró mucho tiempo.

¿Qué hito cronológico separa los Primeros de los Segundos Palacios? Hacia 1700 se produjo una oleada de destrucciones que afectó a las principales ciudades de la isla. Parece ser que se debió a un gran terremoto. Creta, como Grecia en general y Turquía, está situada en una zona proclive a los seísmos. Los arqueólogos tienen que afinar mucho sus observaciones para deducir cuándo se ha producido una destrucción catastrófica

en una ciudad o edificio y si la causa ha sido natural o humana. Tanto en terremotos como en invasiones y saqueos suelen producirse incendios, por lo que ambos tipos de desastre pueden confundirse. En el caso de los seísmos el motivo es que las sacudidas del suelo derriban antorchas y lámparas de aceite, que caen sobre materiales inflamables. Las llamas que se producen dejan como vestigio estratos de materiales carbonizados y restos de cenizas. Pero, además, un terremoto puede dejar su impronta moviendo cimientos, rompiendo sólidos bloques de piedra y alterando estructuras arquitectónicas.

Después de 1700 los palacios fueron reconstruidos y la Creta minoica entró en su época de mayor esplendor. Durante el periodo de los Segundos Palacios la población de la isla aumentó, tal vez demasiado, hasta el punto de que, como hicieron los griegos del continente siglos más tarde, los minoicos fundaron colonias —o tal vez puestos comerciales— en el Egeo.

¿Cómo puede calcularse la población de una época en la que no existen censos escritos? El tamaño de los palacios y las ciudades nos brinda una pista. También es útil calcular el número de asentamientos, algo para lo que no es necesario excavar el terreno: basta con hacer prospecciones superficiales, que además salen más baratas (y a menudo son el germen de futuras excavaciones). En el caso de Creta, se han encontrado diques y terrazas en laderas con grandes desniveles que indican que los minoicos de los Segundos Palacios aprovechaban la tierra al máximo. De hecho, es posible que estuvieran ocupando y explotando todos los terrenos agrícolas de cierta calidad.

¿Qué se cultivaba en las tierras de Creta? La llamada tríada mediterránea: trigo, olivo y vid. Los dos últimos cultivos tenían la ventaja de no competir con los cereales por las tierras de labor. Además, su cuidado se podía alternar con las fechas de siembra y recogida del trigo y de la cebada.

El valor nutritivo de la aceituna y del aceite que se extrae de ella es bien conocido. ¡Vivan las calorías!, pensaban los antiguos, cuyo problema no era precisamente la obesidad. Así, los atenienses consideraban que el olivo era un don de Atenea, y talar los olivos sagrados de la ciudad estaba castigado con la muerte.

¿Y qué decir del vino, regalo a su vez de Dioniso? Aparte de lo divertido que pueda resultar beberlo —siempre sin excederse, que no quiero que me multe Sanidad—, tenía otra utilidad. A raíz de diversas observaciones hechas durante una epidemia de cólera en París a finales del siglo XIX,³ investigadores posteriores fueron realizando experimentos con vino y un surtido de bacterias. La conclusión es que el vino mata en pocos minutos los vibriones del cólera y, si se le da más tiempo, acaba también con la enterobacteria *E. coli*. Hay más microorganismos a los que les sienta mal una copita, pero he mencionado los que provocan diarrea, que, aparte de lo desagradable que resulta de por sí, es una auténtica asesina de los pueblos no desarrollados. Al parecer, el principal agente desinfectante no es el alcohol, sino la malvosida o enosida, un pigmento rojo del vino tinto (el vino blanco posee otro polifenol equivalente, así que también tiene su parte buena, aparte de que acompañe muy bien al pescado). No creo que los antiguos minoicos ni los griegos supieran que al mezclarla con el vino mataban los microorganismos infecciosos del agua. Pero sí se percataban de que a sus intestinos les sentaba mucho mejor. ¿Necesitaban más excusa para darle al jarro?

Para algunos autores, la tríada mediterránea explica en buena parte el apogeo de la civilización minoica. Entre los años 4000 y 2500, se calcula que en la Grecia norte, que se dedicaba casi en exclusiva al trigo y la cebada, el número de asentamientos creció un cincuenta por ciento. En cambio, durante ese mismo tiempo, en el sur del Egeo, donde se cultivaban también la vid y el olivo, la cifra de poblados aumentó diez veces más, hasta quintuplicarse. En el caso de Creta hay pruebas de que, ya en época tan temprana, sus habitantes empezaban a tomarse la producción de vino y aceite con criterios casi industriales. Se han encontrado grandes tinajas para ambos productos, prensas de aceite e infinidad de copas para el vino. En los almacenes del palacio de Cnosos podían guardarse unos 250.000 litros de aceite.

Mucho aceite, y en ocasiones, probablemente, mucho vino. Una agricultura como la minoica podía producir excedentes momentáneos.

¿Qué hacían con ellos? Canalizarlos en un sistema de redistribución centrado en los palacios (hoy día, cuando uno oye esta palabra se echa la mano a la cartera, a sabiendas de que le van a subir los impuestos). Parte

de los productos almacenados se destinaba a alimentar a especialistas, artesanos que se instalaban en las ciudades porque ya no tenían que dedicarse forzosamente a trabajar en el campo. Así ocurría con las mujeres que tejían lana en palacio y recibían raciones a cambio (la lana también abundaba, pues se calcula que casi la tercera parte de Creta se dedicaba al pastoreo). Otra parte se utilizaba para comerciar dentro de la isla o con el exterior. Pero para coordinar la redistribución y el comercio tenía que existir algún tipo de organización que se encargase del transporte y el almacenamiento, y también de calcular las compensaciones o, por expresarlo en palabras más llanas, los sueldos. Hay que añadir que estos últimos se pagaban en especie, ya que todavía no existía la moneda.

Esta organización se llevaba a cabo en los palacios. Nosotros tenemos la imagen de un palacio como una vivienda muy lujosa destinada a ofrecer mayor comodidad a sus moradores nobles o, simplemente, a la ostentación. Pero los primitivos palacios minoicos eran centros económicos donde se almacenaban los excedentes y se procedía, como decíamos, a su redistribución. Además eran centros de producción propia: aparte de almacenes, había diversos talleres donde los artesanos transformaban las materias primas y elaboraban con ellas productos manufacturados destinados al consumo propio, o bien al comercio. Y eran también, por último, lugares de culto, con salas destinadas a celebrar sacrificios y rituales. En suma, aquellos palacios constituían pequeñas ciudades dentro de otras ciudades.

Para comerciar con otros lugares, los cretenses necesitaban una flota. ¿Realmente llegaron a poseer un imperio naval? He mencionado antes al historiador ateniense Tucídides. Al principio de su obra *La Guerra del Peloponeso* habla del pasado más remoto de Grecia y comenta esto sobre los cretenses:

Minos fue el primero que sepamos que poseyó una flota. Llegó a ser el amo de las aguas griegas y sojuzgó las Cícladas [...]. Lógicamente, para recibir de modo más seguro sus tributos hizo todo lo que pudo para suprimir la piratería (Tucídides 8, 4).

Aunque en la parte del pasaje que he omitido hay ciertos errores, lo cierto es que los minoicos extendieron su influencia por el Egeo y lo domi-

naron. Sabemos que existían colonias cretenses en las islas de Citera, Melos, Rodas y Naxos. Por supuesto, también en la isla de Tera, la actual Santorini, a unos 100 kilómetros al norte de Creta, donde las excavaciones han descubierto una cultura hermana de la minoica, aunque con su propia personalidad. De ella y del volcán que la destruyó hablaremos más adelante.

Que los minoicos tuviesen colonias no implica automáticamente que fuesen imperialistas. Es posible que esas colonias fuesen en realidad puestos comerciales en los que sólo había unos cuantos cretenses mezclados con los habitantes originales, y que éstos hubieran construido sus ciudades al estilo de las minoicas imitando de forma consciente a una cultura superior. O que la isla de Creta hubiese llegado a la superpoblación y las colonias sirvieran para aliviarla de excedentes humanos. ¿La colonización se produjo de forma pacífica, o los minoicos recurrieron a la fuerza? Es posible que ocuparan algunos lugares de forma violenta, pero aún lo ignoramos. Aunque la saga del Minotauro cuenta que los atenienses estaban obligados a enviar a Creta un tributo humano, no podemos tomar ese mito como una fuente histórica válida.

Fuesen imperialistas o no, está claro que los cretenses comerciaban con todo el Mediterráneo oriental. Exportaban materias primas, como el aceite y el vino de los que hemos hablado. Sin duda, también vendían lana de su abundante cabaña ovina. Y madera: por aquel entonces los montes de la isla estaban muy poblados de árboles, sobre todo de cipreses. La madera de ciprés, que resiste a la putrefacción aunque se moje, servía para construir los barcos minoicos, pero había de sobra para exportarla a otros lugares. (Los barcos de la Antigüedad se construían preferentemente de maderas ligeras, como pino, abeto, cedro o el mencionado ciprés. No es casualidad que siglos más tarde dominara el mar otro pueblo con fácil acceso a bosques de coníferas: los fenicios. Sus ciudades se hallaban al pie de la cordillera del Líbano, célebre por sus antiguos bosques de cedros).

En cuanto a productos manufacturados, los cretenses exportaban cerámica principalmente. Corrijamos: sobre todo nos ha llegado su cerámica.⁴ Durante esta época de los Segundos Palacios no sólo se encuentra cerámica minoica en Grecia, sino que la que se fabrica en la propia Grecia imita el estilo cretense. También aparece la influencia minoica en dagas encontradas en las tumbas micénicas y en otros objetos de lujo, como

las copas de oro de Vafeio: la superioridad cultural de Creta sobre la Grecia continental era total.

¿Qué importaban los minoicos? La propia isla les abastecía de productos básicos. Pero había una importante excepción: para obtener bronce necesitaban cobre —en una proporción de un noventa por ciento o más— y también estaño o, en su defecto, cinc. El cobre lo traían principalmente de la isla de Chipre, mientras que el estaño había que importarlo de más lejos: las montañas de Afganistán, España o lugares aún más remotos.

Conforme la civilización cretense fue refinándose, empezó a adquirir materias exóticas con las que se fabricaban objetos de lujo y obras de arte: obsidiana, lapislázuli, mármol, esmeril de Naxos para pulimentar sus copas de piedra, basalto del sur de Grecia. Se ha encontrado ámbar, lo que evidencia que existía comercio con la Europa del Báltico. Aunque la gran distancia que hay entre esta región y Creta hace suponer que dicho comercio no se realizaba directamente entre bálticos y cretenses, sino a través de otros pueblos que ejercían de intermediarios.

De Egipto o a través de Egipto llegaban a Creta productos de África, como plumas y huevos de avestruz. Pero los minoicos también compraban directamente productos manufacturados en el país del Nilo, como escarabeos (amuletos con forma de escarabajo) y tallas de marfil, que ejercieron una gran influencia sobre el arte cretense. De alguna manera, igual que los habitantes de Grecia consideraban culturalmente superiores a los minoicos y se dejaban influir por ellos, éstos reconocían la superioridad del arte egipcio y en cierto modo lo imitaban. En el país del Nilo se han encontrado restos arqueológicos e inscripciones que confirman sus contactos culturales y comerciales con Creta. Existe bastante acuerdo entre los historiadores en que los textos egipcios que hablan del país de Keftiu se refieren a Creta.

¿Cómo se comerciaba en aquella época? Hay que tener en cuenta un importante detalle: la moneda no apareció hasta el siglo VII en el reino de Lidia, en Anatolia. La economía de la Edad de Bronce debía de ser de intercambio, aunque se utilizaban metales preciosos como el oro o la plata, y existían pesos con unidades muy similares a los de Egipto y Babilonia. En cierto modo, se trataba de una economía casi monetaria: un comercio

tan complejo como el de la época no podría haber funcionado sin unas reglas elaboradas y cierto grado de confianza mutua entre los mercaderes que cerraban los tratos.

LOS PALACIOS

La activa economía minoica se centraba en los palacios. Podríamos hablar de una economía estatal si conociéramos algo más sobre la organización de su Estado. Al menos, sabemos que la sociedad cretense se hallaba estratificada: en los enterramientos, que son un buen indicador, se observan las diferencias entre las diversas clases sociales. Pero los minoicos no llegaron a los excesos de los faraones y las élites dirigentes de Egipto con sus monumentales pirámides y mastabas, o de los micénicos de Grecia continental con sus grandes cúpulas de bloques de piedra. Si juzgamos por los restos materiales que nos han dejado, entre los minoicos no había grandes ambiciones personales. En cierto modo, para nosotros es una sociedad anónima. Sobre todo, si la comparamos con otras coetáneas, por ejemplo Egipto o el imperio hitita, cuyos faraones y reyes alardeaban de sus victorias y se hacían representar como auténticos gigantes en comparación con sus diminutos súbditos.

Como consecuencia, ignoramos quién mandaba de verdad en Creta. Se sabe tan poco de los gobernantes minoicos que incluso algún autor propone la hipótesis de que los palacios eran en realidad templos y de que Creta era una teocracia dirigida por una casta sacerdotal (Castleden, 1993).

Fuesen palacios o templos, lo cierto es que aquellos edificios eran espectaculares. Los más conocidos y mejor excavados son los de Cnosos, Festos, Malia y Zacros. El de Cnosos, con sus mil quinientas estancias, era el mayor de todos. Por comparación con los planos mucho más sencillos de las viviendas en Grecia, no es raro imaginar que un visitante micénico que tuviera que realizar una gestión burocrática en Cnosos acabara perdiéndose en la otra punta del palacio: de ahí nació seguramente el mito del Laberinto. Otra cosa bien distinta, y harto improbable, es que lo diseñara un arquitecto venido de Atenas. Me temo que aquí tenemos un ejemplo de chovinismo ateniense.

La arquitectura minoica es muy característica y se reconoce por la forma de sus columnas: mientras que las columnas clásicas se estrechaban conforme ascendían, las cretenses eran como un tronco de árbol invertido, con la parte más estrecha en la base y la ancha en contacto con el capitel. Normalmente, se pintaban de rojo y tenían la superficie pulida, pero a veces presentaban estrías verticales o incluso espirales, lo que las hacía parecer pirulís gigantes.

Las paredes, al menos las del primer piso, eran de sillares de piedra, labrados con sierras de cobre o de bronce y mucha paciencia. ¡El mundo de la construcción era incluso más duro que ahora! Es de suponer que, a partir de la primera planta, las paredes eran de adobe. En general, como suele ocurrir con edificios tan antiguos, nos ha llegado poco más que la planta de los palacios. Pero podemos hacernos cierta idea de cómo era su alzado por algunos restos aislados, por las casas de la isla de Tera —conservadas bajo capas de ceniza volcánica, como las de Pompeya—, y también por pinturas y maquetas de terracota que representaban edificios a pequeña escala.

Debo añadir que la imagen que recibimos del palacio de Cnosos al ver fotografías o reconstrucciones está algo falseada. No son las ruinas originales: Arthur Evans restauró ciertas zonas del palacio tal como él creía que debían ser. Lo mismo ocurre con muchos frescos minoicos. Al contemplarlos, es fácil apreciar zonas que mantienen el brillo de los colores, mientras que otras se ven mates y están mucho más resquebrajadas. Estas últimas son las partes auténticas: las demás han sido restauradas.

Los arqueólogos actuales critican este tipo de reconstrucción y prefieren dejar las ruinas prácticamente tal como las encuentran, con las intervenciones mínimas para que no se deterioren más. Pero antes de censurar a Evans, pensemos que algunos excavadores antes que él no sólo no reconstruyeron nada, sino que destruyeron mucho, como Schliemann. De no ser por Evans, otros arqueólogos tal vez habrían excavado, medido, cartografiado y tomado fotos, pero ahora no quedaría prácticamente nada en pie, y las ruinas de Cnosos no comunicarían gran cosa a quienes las contemplamos sin ser expertos.

Los palacios no eran edificios aislados, sino que a su alrededor crecían auténticas ciudades, con mansiones y casas de varios pisos. Por las pinturas donde aparecen edificios, parece que en la planta baja no había venta-

nas, pero sí en las superiores: una inteligente medida de precaución contra los cacos. También se aprecian pequeñas habitaciones construidas sobre los tejados, quizá para dormir en las noches más calurosas del verano, como se sigue haciendo en algunos pueblos de España cuando aprieta la canícula.

Las ciudades cretenses eran populosas. La mayor era Cnosos, con más de veinte mil habitantes: una gran urbe para los estándares de aquella época, y más avanzada que las ciudades griegas mil años posteriores. Un ejemplo lo tenemos en su fontanería. Se han encontrado conos truncados de terracota que, al encajar unos con otros, formaban un ingenioso sistema de conducción para llevar el agua potable. En el palacio de Cnosos existía una compleja red de drenaje, con conductos y cisternas que descargaban el agua de la lluvia y la llevaban a otros canales subterráneos de piedra, revestidos de yeso y provistos de bocas de inspección. Incluso había retretes conectados a este sistema.⁵ Consideremos el confort de un edificio así cuando todavía en los años setenta en muchos pueblos de España el consabido recurso para tales menesteres era ir al corral.

No sólo los palacios disfrutaban de estos lujos: se han encontrado las mismas instalaciones en las casas de Tera, las mejor conservadas del mundo minoico. Un ciudadano de la Atenas clásica, cuyas calles no destacaban por su limpieza, se habría quedado muy sorprendido si una máquina del tiempo lo hubiese transportado al pasado, a Cnosos o a cualquier otra ciudad minoica.

¿CÓMO ERAN LOS MINOICOS?

El interior de los palacios y de muchas casas estaba decorado con frescos. Gracias a estas pinturas conocemos el aspecto de los minoicos, o al menos cómo se veían a sí mismos. Obviamente, consideraban que en un varón unos hombros anchos y una cintura estrecha resultaban atractivos, del mismo modo que en una mujer lo eran unos pechos abundantes y erguidos. Pero una cosa es que pintaran así las figuras y otra bien distinta que todos los cretenses parecieran modelos de pasarela. Del mismo modo, nadie se creería que los minoicos miraban siempre de perfil pero con los

ojos de frente, tal como aparecen en sus pinturas (es de suponer que por influencia egipcia).

En su *Historia de los griegos*, Indro Montanelli comenta que los varones minoicos tenían la piel bronceada y las mujeres pálida, como si existiese una diferencia genética entre ambos sexos (Montanelli, 1980, p. 13). En realidad, se trata de una convención artística. En tiempos pasados se apreciaba la blancura de la piel femenina, hasta extremos que a nosotros nos llamarían la atención, pues unos brazos de una palidez «lechosa» no nos parecerían hoy demasiado atractivos, y sin embargo decirle eso a una mujer griega era hacerle un gran cumplido.

Si lo pensamos bien, lo que más se valora en el aspecto es aquello que demuestra la pertenencia a una clase superior. En aquellos tiempos, el trabajo más duro se hacía al aire libre, de modo que la piel blanca de una mujer indicaba que no tenía que salir de casa para ganarse la vida. Hoy día una piel bronceada significa que se dispone de más tiempo y de más ingresos para escapar de nuestros trabajos, la mayoría de ellos en espacios cerrados, y disfrutar del sol y la montaña (o de los rayos UVA).

La ropa femenina es muy característica: falda de volantes en forma de campana y chaquetilla ceñida a la cintura, con una abertura central que se podía separar para dejar al descubierto los pechos. En general, nadie piensa que las mujeres fuesen todo el día haciendo *topless*, sino que desnudaban sus senos en ceremonias rituales. Pero, en cualquier caso, no eran las ropas de alguien que quiera ocultar las formas de su cuerpo, sino «las de mujeres que esperaban ocupar el centro de la escena social» (Castleden, 1993, p. 13). Y, añadiría yo, orgullosas de sus cuerpos.

Los hombres suelen aparecer con muy poca ropa: a menudo no llevan más que un taparrabos enrollado en la cintura o sujeto por un cinturón. Según la moda, esa prenda tapaba la parte superior de los muslos o no. En el centro, muchos llevaban una coquilla o bragueta, «marcando» atributos al estilo de los caballeros del siglo XVI: una característica que, aunque no sea tan exagerada, recuerda al estuche para el pene o *koteka* que llevan ciertas tribus de Nueva Guinea.

Cuando hablemos de los griegos micénicos, comprobaremos que no se sabe mucho de su religión, pero al menos conocemos los nombres de los dioses a los que adoraban. Con los minoicos no disponemos ni siquiera

ra de esa información. Su religión tenemos que reconstruirla a partir de las estatuillas o de las imágenes que aparecen en frescos, vasos y sellos. Es como si, en el futuro, alguien tuviera que deducir cómo era el cristianismo sin la Biblia ni ningún otro texto, simplemente recorriendo una catedral destrozada por un bombardeo e interpretando los fragmentos de los retablos y relieves. Se trata de una tarea muy complicada en la que, como pasa siempre al estudiar épocas tan antiguas, uno se topa con tantas opiniones como autores.

La primera característica que salta a la vista en la religión cretense es el papel tan importante que desempeñaba la mujer. En casi todas las representaciones aparece una diosa rodeada de sacerdotisas. Tanto una como otras visten de la manera descrita, con los pechos al aire, y están muy maquilladas. Muchas de esas imágenes poseen un refinado erotismo, pero no creo que fuera ésa la (única) intención al descubrir los senos. Se cree que la diosa sin nombre representaba la naturaleza y la fecundidad, de modo que al revelar sus pechos estaría mostrándonos, literalmente, sus poderes: impulso sexual y, al mismo tiempo, fuerza nutricia.

En las imágenes encontramos a menudo escenas de epifanía. Con esta palabra no me refiero a la adoración de los Reyes Magos: en sentido técnico, una epifanía es la aparición o manifestación visible de una divinidad ante los humanos. Normalmente, la divinidad parece bajar desde las alturas. Para verla, los fieles —más a menudo *las* fieles— danzan alrededor de un árbol, en una cueva o incluso en el interior de un palacio.

¿Se producían realmente estas epifanías? Es de sospechar que la diosa a la que esperaban se manifestara a la gente «poseyendo» la persona de la sacerdotisa. El trance de ésta podría obedecer a la autosugestión, reforzada por la música y la danza. Pero también debían recurrir a las drogas. Una estatuilla muestra a una diosa que lleva una diadema, decorada con cápsulas de adormidera en las que se han practicado cortes para extraer el opio.

Un elemento inconfundible de la religión cretense es el toro. Los mitos que hemos narrado al principio reflejan una percepción distorsionada de algunos rituales relacionados con este animal, que aparece representado constantemente en pinturas y en vasos con forma de cabeza de toro, denominados *ritones*, que se utilizaban en los sacrificios. Como parte de la

captura ritual del toro, debían llevarse a cabo unas acrobacias que recuerdan a las de los *forcados* portugueses.

Parece que en ellas participaban jóvenes de ambos sexos. En un fresco muy célebre, un joven de piel cobriza da una voltereta sobre el lomo de un toro, flanqueado por dos muchachas vestidas tan sólo con taparrabos. Se sabe que ambas son mujeres por su piel blanca, ya que los pechos no se acaban de distinguir. Una de ellas aguarda junto a la cola del animal, con los brazos extendidos como para recibir al acróbata. La otra agarra los cuernos, bien sea para saltar cuando le llegue el turno o porque esté sujetando al toro. Sin duda, este ritual era un espectáculo que atraía a mucha gente; pero, como prácticamente todas las actividades antiguas, poseía un significado religioso.

Hay una imagen idílica de los minoicos bastante extendida. Es indudable que las mujeres desempeñaban un papel social muy importante, y en el caso de la religión este papel superaba incluso al de los hombres. También resulta evidente que eran más libres y que no ocultaban su cuerpo, como ocurre en muchas sociedades que obligan a la mujer no ya a esconder o disimular sus formas, sino incluso a taparse los cabellos, no sea que desaten pasiones incontrolables en los varones y los lleven a la perdición.

Por otra parte, parece que los minoicos sentían un gran amor por la naturaleza y que llevaban una vida bastante relajada, disfrutando de placeres sencillos, sin grandes ambiciones personalistas ni demasiados instintos agresivos.

Las pinturas son responsables, en buena parte, de esta visión utópica. Las escenas que representan los frescos son luminosas, alegres, y en ellas se encuentran abundantes elementos naturales: antílopes, delfines, jardines, paisajes enteros. La violencia, cuando la hay, parece ritual o deportiva, como en un fresco en que dos niños boxean vestidos tan sólo con taparrabos. Si combinamos estas imágenes con la ausencia de murallas alrededor de los palacios, todo hace pensar en una sociedad prácticamente pacifista.

Así lo ven, por ejemplo, dos estudiosos españoles. Para Bernardo Souvirón, autor del sugerente libro *Hijos de Homero*, la minoica era una civilización en que existía igualdad entre hombres y mujeres, y que sabía

resolver sus problemas sin recurrir a la violencia. Serían los griegos micénicos, indoeuropeos que llegaron al Egeo durante el segundo milenio, quienes aprendieron a utilizar las armas para conseguir lo que querían, esto es, las tierras ajenas. La clase de los guerreros sería una creación indoeuropea, y una sociedad de ese tipo tenía por fuerza que sojuzgar a las mujeres y prácticamente esconderlas para apartarlas del primer plano de la sociedad.

Para Francisco Villar, experto en lenguas indoeuropeas, los minoicos serían representantes de lo que, siguiendo la denominación acuñada por la arqueóloga Marija Gimbutas, se ha dado en llamar «la Vieja Europa»: una cultura situada en las costas del Mediterráneo central y oriental, asentada allí desde el Neolítico, pacífica, matriarcal y con pocas diferencias sociales. Como señala Villar, «todo un continente cultural que se hundió sin dejar apenas el recuerdo» cuando los indoeuropeos entraron en escena a partir del año 4400 (Villar, 1996, p. 73). Entre los últimos enclaves de la Vieja Europa estarían los etruscos en Italia y los minoicos en Creta.

Es comprensible la tentación de proyectar en estas civilizaciones antiguas los rasgos de personalidad que queremos encontrar. Pero si uno rasca con el estropajo siempre acaba saliendo suciedad; o, en este caso, ciertas manchas que enturbian la visión casi utópica de la civilización minoica.

Pondré el ejemplo de una ciudad estado muy posterior, del primer milenio antes de Cristo. En ella, según nos cuenta Aristóteles, las mujeres prácticamente gobernaban (hecho que él critica: no es que fuera el más feminista del mundo). Además, no tenía murallas. Si sólo supiéramos eso, pensaríamos que tal vez dicha ciudad era otra superviviente de la Vieja Europa, un remanso de paz incrustado en el mundo belicoso de los griegos. Insisto, si sólo supiéramos eso. Porque estoy hablando nada más y nada menos que de Esparta, la ciudad que convirtió la guerra en una forma de vida.

Es peligroso fiarse del argumento *ex silentio*: que no encontremos algo no quiere decir que no exista. No podemos negar, a favor de la cultura minoica, que las mujeres tenían un papel muy importante, ya que hay muchas evidencias materiales que las representan en igualdad con los hombres —si no con cierta superioridad—. Pero es más arriesgado extraer

conclusiones del hecho de que no se encuentren fortificaciones ni apenas armas.

Poco a poco aparecen algunas pruebas sospechosas. Por ejemplo, entre los frescos de la isla de Tera se encuentra un friso excepcional. En él figura una flota que viaja de una ciudad a otra. Hay unos hombres desnudos en el agua —otra convención pictórica, que en este caso representa a los derrotados— que no parece que se estén ahogando por propia voluntad. Este fresco ha suscitado muchas interpretaciones distintas, pero lo que está claro es que se ven soldados armados en él, y que los cuerpos desnudos deben de ser las víctimas de una batalla naval.

Aparte de las representaciones, se han encontrado armas depositadas como ofrendas en santuarios y cuevas, y muchos bellos puñales hallados en Grecia son de factura minoica. Aunque parece evidente que a los cretenses no les gustaban demasiado las escenas bélicas a las que tan aficionados eran otros pueblos como los asirios —manos y cabezas cortadas, cuerpos empalados—, eso no quiere decir que estuvieran inermes ante posibles enemigos.

Hay algunos hallazgos más siniestros que hacen replantearse un poco la imagen bucólica de los minoicos. El templo de Anemospilia, situado en la ladera de un monte, a unos 7 kilómetros del palacio de Cnosos, fue destruido por un temblor de tierra que a su vez provocó un incendio. Por los hallazgos de cerámica, se ha fechado este seísmo en torno al año 1700. Entre las ruinas se han encontrado cuatro cadáveres. Uno de ellos está apartado de los demás, cerca de la salida. Al parecer, el hombre huía del terremoto que destruyó el templo, pero no fue lo bastante rápido: una gran roca lo aplastó.

En la sala occidental del templo hay dos cuerpos tendidos en el suelo. Uno pertenece a una mujer, de algo menos de treinta años, y el otro a un varón mayor que ella, muy alto y de compleción fuerte. El terremoto también acabó con ellos, parece que mientras realizaban un ritual. ¿Cuál?

Los arqueólogos Yianni y Efi Sakellarakis hallaron la respuesta en esa misma sala. Sobre el altar yacía otro cuerpo, el de un joven de diecisiete o dieciocho años. Estaba tendido de costado, en posición fetal y con los talones tocando casi los muslos, lo que indica que debía tener-

los atados. Entre sus huesos se encontraba un cuchillo. Parte de los huesos se veían blancos y otra parte negros, lo cual significa que la mitad superior del cuerpo se había vaciado de sangre antes de arder (un diagnóstico digno del CSI). Lo más probable es que los sacerdotes⁶ le cortaran la garganta con el cuchillo y que recogieran casi la mitad de su sangre en una vasija.

La interpretación más habitual es que los sacerdotes habían recurrido a un sacrificio humano para rogar a las divinidades que detuvieran los seísmos que, como ya hemos visto, destruyeron los Primeros Palacios.⁷ Que en Anemospilia se produjo un sacrificio humano es indudable. Ahora bien, que se tratase de un hecho extraordinario me resulta menos convincente. El argumento que se aduce para ello es que, como había terremotos en Creta, el sacerdote y la sacerdotisa decidieron recurrir a procedimientos drásticos y sacrificar a un joven. Pero ¿cómo sabemos que se produjeron terremotos *antes* del sacrificio y que fueron la causa por la que se celebró el ritual? Porque un terremoto que empezó justo *después* del sacrificio mató a los oficiantes. ¿Y si el temblor de tierra fuera una casualidad, un accidente que congeló aquella escena en una especie de foto eterna? ¿Y si los sacrificios humanos eran más frecuentes de lo que creemos? Los aztecas también eran amantes de la naturaleza, cultivaban flores y tenían una cultura refinada. Pero arrancaban corazones en sus teocalis.

El mismo año en que salió a la luz el sacrificio de Anemospilia, el arqueólogo británico Peter Warren encontró un montón de huesos de niños en Cnosos, a poca distancia del palacio. En ellos se veían marcas de cuchillos, utilizados para arrancarles la carne. El propio Warren interpreta que allí se produjo un acto de canibalismo ritual: de nuevo nos viene a la cabeza la comparación con los aztecas, y sospechamos por qué el Laberinto de Cnosos llegó a tener una reputación tan siniestra entre los griegos.

Existe una interpretación alternativa: quizá se trataba de un segundo entierro. Todavía en el siglo XIX, en algunos lugares de Grecia los aldeanos desenterraban los huesos de sus parientes fallecidos varios años antes, limpiaban los restos de carne con cuchillos, los frotaban con sosa cáustica y cuando estaban bien mondos y relucientes los volvían a sepultar (Castle- den, 1993, p. 173). Una forma algo macabra de ganar espacio.

Tal vez estos sacrificios fueran hechos aislados, o tal vez no. Quizá se llevaron a cabo en determinadas épocas. Mi intención es simplemente relativizar la visión idílica sobre los minoicos, no echar por tierra su reputación. Tengamos en cuenta que esta brillante civilización duró más de seiscientos años, y eso sin contar con la época Prepalacial. En tanto tiempo, es imposible evitar algunas sombras.

Durante mucho tiempo se creyó que la civilización minoica era deudora de la egipcia, pero cada vez se aprecia más su propia originalidad. Sospecho que Creta no era una hermana menor, sino que competía en igualdad en todos los aspectos con Egipto, el imperio hitita o las culturas de Mesopotamia. Como todos estos pueblos, los minoicos conocían la escritura. El problema es que aún no la hemos descifrado.

Cuando Evans desenterró Cnosos, encontró hasta tres escrituras diferentes. Había una grabada con signos que él consideró jeroglíficos.⁸ A la segunda, que tiene más de 200 signos, la denominó lineal A, y a una tercera más reciente y con unos 90 signos la llamó lineal B.

Por lo que sabemos del lineal B, que sí está descifrado, suponemos que el A se utilizó durante la época de los Segundos Palacios con el mismo propósito: las tablillas de barro eran documentos burocráticos en los que se reflejaba la compleja contabilidad de la economía palaciega. En principio esas tablillas no estaban destinadas a sobrevivir tanto tiempo, pero se cocieron de forma accidental en diversos incendios y eso las endureció lo suficiente para que hayan llegado a nuestros días.

Pese a que ha transcurrido más de un siglo desde su descubrimiento, el lineal A sigue resistiéndose a los intentos de descifrarlo. No es la única lengua antigua con la que ocurre esto: el etrusco continúa siendo un misterio, así como las inscripciones ibéricas, aunque los lingüistas van realizando avances paulatinos en ellas.

En el caso del idioma del lineal A, se ha intentado relacionar con las lenguas semíticas. También se ha pensado que se trataría de una lengua diferente, que no pertenecía a ningún gran grupo: una superviviente de la cultura de la Vieja Europa. En los últimos años, Gareth Owens, un filólogo inglés nacionalizado griego, ha publicado varios artículos que ofrecen un intento de desciframiento. Aunque los resultados no son concluyentes, apuntan a que el idioma minoico estaba relacionado con el

luvita, una lengua indoeuropea de Anatolia. Si esto fuera así, el panorama cambiaría mucho. En vez de una cultura de la Vieja Europa asentada en Creta desde los tiempos del Neolítico, tendríamos a unos invasores indoeuropeos llegados de Anatolia. Pero, aunque la interpretación de Owens ha despertado bastante interés, eso no significa que se acepte de forma generalizada. La procedencia de los minoicos y su idioma siguen envueltos en el misterio.

EL FINAL DE LOS MINOICOS

¿Cómo llegó a su fin esta brillante civilización? He de confesarlo: no lo sé.

Por supuesto, los lectores podrán protestar: «¡Pues no seas tan zángano! ¡Entérate, y nos lo cuentas!» Pero la cosa no es tan sencilla. Ya hablé de la cronología propuesta por Nicolás Platón. En ella, el esplendor de los Segundos Palacios llega hasta el año 1400. Después de esto, y hasta finales de la Edad de Bronce, se extiende el periodo llamado Postpalacial. ¿Qué sucedió en Creta entre los años 1400 y 1100?

En teoría, en el año 1400 se produjo una segunda oleada de destrucción, más brutal todavía que la que en 1700 antes había supuesto el tránsito de los Primeros a los Segundos Palacios. Pero ocurre que no todos están de acuerdo en la fecha, y hay quienes la adelantan a 1450, o incluso a 1470. Tampoco hay consenso en las causas de dicha destrucción: es tentador atribuirla a terremotos y tsunamis provocados por la erupción de la isla de Tera, pero existen ciertas dificultades para relacionar ésta con el declive de los minoicos. (Pido un poco de paciencia a los lectores aficionados a las novelas y películas de catástrofes —yo no me pierdo una desde que vi, de niño, *Cuando los mundos chocan*—. En breve comentaremos lo que se sabe sobre Tera y su volcán).

Después de esta destrucción, los palacios fueron reconstruidos, aunque no todos. Cnosos siguió siendo el centro de la isla. En esta época, la escritura lineal B sustituyó a la lineal A, lo cual parece significar que en el Postpalacial los micénicos dominaron Creta, o al menos el palacio de Cnosos. Ésa es, por ejemplo, la opinión de Nicolás Platón, y también la de autoridades como el arqueólogo Spyridon Marinatos o J. V. Luce: la ca-

tástrofe de Tera dejó tan «tocada» a la civilización minoica —sus palacios destruidos, la mayoría de la flota hundida por el tsunami— que fue presa fácil de los invasores griegos. De modo que el Postpalacial sería una época de hegemonía griega en Creta.

Por último, el palacio de Cnosos sufrió un incendio devastador hacia el año 1380, y ya no volvió a ser ocupado. La cultura minoica entró en declive, los griegos se apoderaron paulatinamente del resto de la isla, y entre 1200 y 1100 —según las fechas que prefieran los arqueólogos— se produjo una nueva oleada de destrucciones que supusieron el final definitivo de los minoicos. No obstante, algunas de sus tradiciones se conservaron, mezcladas con las griegas, y el proceso de helenización tardó en completarse. Por ejemplo, en los poemas de Homero, que podrían reflejar el estado de la isla hacia el siglo VIII, se habla de que en Creta se mezclan los dialectos griegos con otras lenguas, como el cidonio, el pelasco o el eteocretense. Sin entrar en más detalles, estas últimas podrían ser nativas de la isla de Creta, y alguna de ellas se correspondería con la misteriosa escritura del lineal A.

¿Por qué antes dije «no lo sé» refiriéndome al final de los minoicos? Porque, como vemos, las fechas parecen bailar, y hay tantas destrucciones que uno las acaba confundiendo. Algunos autores relacionan la catástrofe de Tera con la caída de los Segundos Palacios, mientras que otros la llevan más atrás en el tiempo y la vinculan con los terremotos del fin de los Primeros Palacios y el sacrificio humano de Anemospilia. En cuanto a las tablillas de lineal B escritas en lengua micénica, hay quien ha propuesto que no implican un dominio de los griegos del continente, sino que el micénico se había convertido en una especie de lengua franca en las relaciones comerciales, y que los cretenses de Cnosos, que seguían siendo minoicos, lo utilizaban como los ejecutivos españoles usan el inglés.

Por no quedar, ni siquiera queda claro cuándo se produjo la destrucción final de Cnosos, con una horquilla que va desde el año 1380, tal como he dicho antes, hasta casi 1200.

Igual que Sócrates, uno acaba pensando: «Sólo sé que no sé nada». Esperemos que en el futuro se hagan avances en la estratigrafía de los palacios minoicos y, con un poco de suerte, se acaben descifrando las tablillas escritas en lineal A. Quizá así podamos precisar las fechas y conocer

un poco mejor cómo era esta fascinante y misteriosa civilización, la primera de Europa.

Pero un momento todavía. Antes de pasar a hablar de los griegos micénicos, es hora de hacer un pequeño viaje. Son sólo unos cien kilómetros a vuelo de pájaro, hasta llegar a la isla de Tera.

LA MADRE DE (CASI) TODAS LAS ERUPCIONES

En realidad, no se trata de una sola isla, sino de un diminuto archipiélago. El nombre del conjunto es Santorini, a menudo españolizado en Santorín. Esta denominación es relativamente reciente: proviene del nombre de Santa Irene con el que lo bautizaron los venecianos cuando lo dominaron a finales de la Edad Media. El archipiélago se compone de una isla mayor, Tera, de algo más de 70 kilómetros cuadrados, otra más reducida, Terasia, y tres islotes llamados Aspronisi, Nea Kameni y Palea Kameni.

Santorini es un conocido destino turístico debido a la belleza de su paisaje. En su centro se abre una gran bahía, sobre la que se alzan espectaculares acantilados que superan los 400 metros de altura.⁹ La profundidad de la ensenada, que llega a 300 metros, se explica porque todo el conjunto es una caldera volcánica de forma elíptica cuyos ejes miden 11 y 6 kilómetros. Ya el enorme tamaño de esta caldera nos habla de una erupción de proporciones colosales. El diminuto archipiélago sigue siendo volcánicamente activo (la isla de Nea Kameni surgió a principios del siglo XVIII de nuestra era), y también sufre el azote de los terremotos. El último grave se produjo en 1956 y causó decenas de muertos.

Tera ha experimentado muchas erupciones a lo largo de su historia. La más violenta se produjo en los últimos siglos de la Edad de Bronce y es la responsable de la forma actual de la caldera. Antes de ella, la isla tenía una bahía interior en su parte sur, pero de dimensiones mucho más reducidas: toda la tierra que falta ahora voló literalmente por los aires. ¿Cómo se sabe? La historia nos la cuentan los sedimentos depositados en la isla de Tera y los que se han extraído del fondo del Mediterráneo. En la erupción, el volcán arrojó ingentes cantidades de tefra, nombre con que se conocen los materiales sólidos eyectados: cenizas, piedra pómez y pe-

queñas bombas de lava llamadas «lapilli». Buena parte cayó sobre la isla, donde se encuentran capas de tefra de hasta 60 metros de espesor. ¡La lluvia volcánica provocada por la erupción habría bastado para sepultar un edificio de 20 pisos! Como podemos suponer, las viviendas de Tera no alcanzaban ni de lejos esa altura, y las que no volaron acabaron enterradas.

Según los cálculos más conservadores sobre la magnitud de la erupción, el volcán expulsó 25 kilómetros cúbicos de material. Tracemos en el suelo un cuadrado de 5 kilómetros de lado, excavemos hasta 1.000 metros de profundidad, y después ¡lancémoslo todo por los aires! Pero, como acabo de decir, ése es el cálculo más bajo. Hay investigaciones más recientes que demuestran que la indigestión del volcán pudo ser mucho mayor, de modo que habría vomitado hasta 60 kilómetros cúbicos de magma y otros desechos.

Para hacernos idea, comparemos con otras erupciones más cercanas en el tiempo, de las que se conocen más datos y se tienen testimonios. En 1883, en el estrecho de Sonda, entre las islas de Java y Sumatra, el Krakatoa expulsó 10 kilómetros cúbicos de material volcánico. La erupción mató a más de 36.000 personas, la mayoría por culpa de los tsunamis. Una cañonera con una dotación de 28 personas, la *Berouw*, apareció dos kilómetros tierra adentro. No es necesario decir que no sobrevivió ningún tripulante.

Pues bien, la erupción de Tera pudo ser seis veces mayor en volumen de material expulsado. Existe una especie de escala de Richter para los volcanes, el índice de explosividad volcánica o VEI. En el caso del Krakatoa el VEI fue de 6 puntos, mientras que en Tera pudo acercarse al 7. Hablamos de escalas exponenciales: cada grado supone multiplicar por 10 el anterior. Tera se acercaría por tanto a la magnitud de la mayor erupción de época histórica, la del Tambora.

El Tambora está al este de Java, cerca del Krakatoa en términos relativos. Esa región sufre mucha actividad sísmica y volcánica: el reciente y devastador maremoto del año 2004, que mató a más de 200.000 personas y cuyos efectos llegaron hasta África, se originó en esa misma zona de choque de placas tectónicas.

La erupción del Tambora se produjo en 1815. No está tan bien documentada como la del Krakatoa, pues las comunicaciones de principios del siglo XIX eran mucho más primitivas. Pero se sabe que expulsó unos

100 kilómetros cúbicos de material y que causó más de 70.000 muertes en las inmediaciones. Y eso, sólo para empezar.¹⁰

Los volcanes conocen muchas formas de matar. Durante su erupción, el Tambora no sólo expulsó lava, cenizas y piedra pómez. También arrojó a la atmósfera una vasta columna de materiales más ligeros: polvo, aerosoles y gases que inyectó a 30 kilómetros de altura como una inmensa jeringa a presión. Allí, en la estratosfera, por encima de las nubes y las lluvias, todo ese polvo quedó flotando en suspensión durante meses e incluso años. El Tambora tejió sobre toda la Tierra una mortaja gris, una especie de sombrilla gigantesca que redujo la cantidad de radiación solar que llegaba a la superficie del planeta.

Como resultado, las temperaturas bajaron en todo el mundo, lo cual afectó también a las lluvias, creando un cambio climático a corto plazo de efectos dramáticos. El año siguiente, 1816, fue conocido como «el año sin verano»: hubo nevadas y heladas en julio y agosto, lo que provocó hambrunas en países como Irlanda. En Estados Unidos el precio del trigo alcanzó un récord que tardaría más de cien años en superarse.

En Hungría cayeron nevadas de color marrón por culpa del polvo volcánico que empezaba a precipitarse poco a poco. En Italia fueron amarillas, y además cayeron en rincones del sur donde la gente sólo conocía la nieve de oídas. En algunos lugares las temperaturas llegaron a bajar casi diez grados. Es imposible calcular el número exacto de víctimas, pero millones de personas en todo el mundo debieron morir por culpa de la erupción del Tambora. Por falta de comunicaciones, en Occidente se ignoraba que el responsable era el Tambora, y siguió sin saberse hasta que la erupción del Krakatoa aumentó el conocimiento sobre los efectos de las grandes erupciones.

La historia tiene un curioso efecto secundario, o colateral que diríamos ahora. En el verano de 1816, lord Byron y sus amigos Percy y Mary Shelley alquilaron una casa de campo junto al lago Ginebra, en Suiza. Hacía tan mal tiempo que apenas podían salir de la casa, y para entretenerse —y tal vez inspirados por la deprimente mortaja del monte Tambora—, lord Byron propuso que cada uno de ellos escribiera una historia de terror. El relato que creó Mary Shelley y que luego alargó hasta convertirlo en novela es bien conocido: *Frankenstein*.¹¹

Los efectos de la erupción del Krakatoa y del Tambora pueden servirnos de guía para imaginar qué pudo pasar cuando media isla de Tera voló por los aires.

En 1939 el arqueólogo griego Spyridon Marinatos —de nombre tan sonoro como arrolladora era su personalidad— propuso la hipótesis de que la erupción de Tera había provocado el fin de la civilización minoica. Él mismo empezó a excavar en la isla en 1967, cerca del pueblo de Akrotiri, y desenterró una ciudad maravillosamente conservada por las cenizas del volcán. Aquella población, a la que llamaremos también Akrotiri a falta de conocer su antiguo nombre, había corrido el mismo destino que Pompeya. Sólo que en Akrotiri no se han encontrado cadáveres. Al menos, de momento: las excavaciones progresan a un ritmo muy lento, como mandan los cánones actuales.

Una explicación para la ausencia de cadáveres es que, ante los síntomas de aviso que suelen preceder a una erupción, los habitantes evacuaran la ciudad. Existen indicios de que lo hicieron al menos una vez, poco antes de la gran explosión final. Después regresaron e incluso tuvieron tiempo de efectuar reparaciones en sus casas antes de la evacuación definitiva. Pero alejarse del volcán para huir a alguna isla de las cercanas Cícladas o incluso a Creta tal vez no fue la solución: es muy posible que los fugitivos encontraran la muerte en el mar, o incluso cuando ya se creían a salvo en tierra firme.

Mientras los aterrizados habitantes de Tera huían, los minoicos de Creta debieron ver una negra columna que se alzaba hacia el cielo, a más de 30 kilómetros de altura. En casos así se producen tormentas en el interior de la columna de polvo y gases, como se puede apreciar en filmaciones de la erupción del Pinatubo. No sería raro que los minoicos, y también los griegos micénicos del continente, se imaginaran a un dios de los rayos —lo llamaran Zeus o no— combatiendo contra un monstruoso gigante que quería asaltar el cielo. Así hicieron en el mito griego los llamados Alóadas, o el Ullikummi del relato hitita, un coloso de basalto que intentó llegar hasta el palacio celeste y luchó contra Teshub, el dios de la tormenta. Es muy posible que algunos de estos mitos se crearan a partir de la erupción de Tera o de otras anteriores.

Al igual que el gigante Ullikummi acabó desplomándose y no alcanzó el cielo, la altísima columna volcánica de Tera se colapsó cuando la pre-

sión de la cámara de magma ya no pudo sostener su enorme peso. En ese momento, unas nubes ardientes conocidas como flujos piroclásticos arrasaron la isla a más de 100 kilómetros por hora: nadie habría podido huir de ellos. Después, el mar se precipitó en la caldera del volcán, y la explosión fue tan brutal que debió oírse en todo el Mediterráneo oriental (hay noticias de que el estallido del Krakatoa se escuchó a 4.000 kilómetros de distancia).

A continuación se produjo un tsunami. Ya hemos visto lo que le pasó a aquella infortunada cañonera cerca del Krakatoa, así que imaginemos el destino que correrían los pequeños barcos de madera de la flota minoica. Es posible que alguna nave sobreviviera en alta mar, aunque sus pasajeros debieron vomitar hasta sus primeras gachas. Pero las naves que se encontraban cerca de tierra o ancladas en el puerto quedaron reducidas a astillas. ¡El poder marítimo de Minos, destruido en un solo golpe devastador!

En la isla de Tera, desde luego, no quedaría gran cosa en pie. Sospecho que parte de la montaña que voló estaba habitada, y allí debía haber casas, palacios, maravillosas pinturas... Todo desintegrado, como si jamás hubiese existido. Pero, por suerte para nosotros, al menos una ciudad o parte de ella quedó sepultada en cenizas: el mismo volcán que destruyó Akrotiri la protegió después en una cámara de tiempo.

¿Cómo afectó la convulsión final a los palacios de Creta? Todo lo que estuviera a poca distancia del mar quedaría arrasado por el maremoto: aún tenemos frescas en la retina las terribles imágenes del tsunami de las navidades de 2004 en el Sudeste Asiático. Muchos edificios que se encontraban tierra adentro también resultaron destruidos. ¿Por qué, si allí no pudo llegar la ola? Hay autores que achacan esa devastación a los terremotos que acompañaron a la erupción. Como ya he dicho antes, un sismo puede provocar incendios: en 1755, el tsunami que destruyó Lisboa y dejó 60.000 muertos provocó un incendio aún más devastador que la propia ola.

Pero el tsunami de Lisboa se debió a un terremoto «de verdad» relacionado con movimientos tectónicos. Los sismos asociados a las erupciones volcánicas no suelen ser tan fuertes, así que no podrían haber causado los incendios que asolaron los palacios cretenses. Sin embargo, existe otra explicación posible. La explosión del Krakatoa provocó un estampido só-

nico tan brutal que la onda de choque resultante rompió cristales y agrietó paredes a 150 kilómetros de distancia. Creta sólo está a 100 kilómetros de Tera. La onda expansiva de la explosión pudo reventar puertas y ventanas, volcar braseros y candiles sobre materiales inflamables y desatar incendios. Por no hablar de perforar unos cuantos tímpanos.

Destruídos sus palacios y sus casas por las olas o por el fuego, a los minoicos les tocaba empezar la reconstrucción. Pero no les iba a ser fácil. Buena parte de la prosperidad de la sociedad minoica dependía del comercio, y éste a su vez de la flota, que había quedado prácticamente destruida por el tsunami. Además, sus barcos eran su auténtica muralla de madera: sin ellos, los minoicos estaban inermes, a merced de invasores exteriores.

Por otra parte, la erupción depositó una gran capa de cenizas sobre Creta. Las cenizas volcánicas pueden crear un terreno fértil a largo plazo, pero de entrada debieron acabar con todas las cosechas, sepultadas bajo una capa de más de medio metro en algunos lugares. Para colmo, los estudios han revelado que el contenido en sulfato y cloro de las cenizas de Tera era muy alto, por lo que serían incluso más tóxicas para el suelo. Perdidas las cosechas, los animales murieron también por falta de pastos y se desató una terrible hambruna en la isla. Se cree que la erupción se produjo en verano. Ese invierno los minoicos no pudieron recolectar ni la vid ni el olivo, pero al menos confiaban en que, con trabajo duro, cosecharían algo al año siguiente. No sospechaban que el verano tardaría mucho en volver a la isla.

Y fue entonces cuando aparecieron los micénicos con sus barcos...

Hasta aquí el cuadro que han pintado Marinatos y otros autores que han seguido sus teorías, como Luce o el exitoso divulgador americano Michael Pellegrino. Según ellos, la catástrofe de Tera acabó con toda una cultura: la Creta minoica ya no levantaría cabeza. El recuerdo de una isla que desapareció —en parte— para convertirse en una humeante bahía y del fin de una civilización se transformó en una oscura tradición que, siglos más tarde, Platón magnificaría para relatar el mito de la Atlántida, el continente que se hundió bajo las aguas.

El problema es establecer con precisión las fechas. Ya hemos visto que hay mucho debate sobre cuándo se produjo cada oleada de destrucción

en Creta. Si aceptamos que Tera estalló en torno al año 1470, o más tarde, podría explicar el final de los Segundos Palacios y, por tanto, la decadencia de los minoicos. Pero hay muchas pruebas que apuntan a una fecha anterior, en torno al año 1626. Eso significaría que la civilización minoica consiguió sobrevivir a la erupción y resurgió incluso con mayor esplendor que antes.

¿Qué argumentos hay para llevar la erupción a una fecha tan temprana? En 2006, varios científicos publicaron en *Science* un artículo en el que databan la erupción entre 1626 y 1600 (Friedrich et al., 2006). Se basaban en las pruebas de Carbono 14 de un olivo que se encontró en la gran capa de ceniza de 60 metros y que debía estar vivo en el momento de la erupción. Otras mediciones por radiocarbono se mueven en ese rango. Pero existen varios problemas con las mediciones de Carbono 14. En primer lugar, no está claro que la proporción de este isótopo en la atmósfera hace 3.600 años fuese la misma que ahora. Y, en segundo lugar, la misma erupción, con sus emisiones de gases, pudo contaminar las muestras.

El Carbono 14 no es la única prueba que apunta a una erupción en el siglo XVII. En pinos de California y robles de Irlanda se han encontrado anillos de crecimiento reducidos, correspondientes al año 1626, lo que habla de un clima más frío. También se han extraído muestras del hielo de Groenlandia, y en la capa correspondiente al año 1645 se han hallado restos químicos que deben de haberse depositado por causa de una gran erupción volcánica. Como se ve, ambas fechas no concuerdan, y muchos suponen que el pico de acidez detectado en el hielo se debe a otra erupción.

Mi fecha favorita, por motivos más emocionales que racionales, es la de 1470, que podría explicar el final de los minoicos. Pero no sería honrado si no añadiera que los científicos tienden a situar la erupción más bien hacia el año 1626.

En general, el problema de la fecha de la erupción de Tera se relaciona con el de la datación general de toda la Edad de Bronce en el Egeo. Es posible que nuevos datos sobre el volcán revolucionen todo el panorama histórico de esta época. Cuanto más se conozca sobre su erupción, más se podrá precisar cómo fue el auge y el declive de la fabulosa civilización minoica.